

VII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología
XXII Jornadas de Investigación XI Encuentro de Investigadores en Psicología del
MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos
Aires, 2015.

Una razón para interpretar la transferencia.

Leivi, Tomás y Mordoh, Edmundo.

Cita:

Leivi, Tomás y Mordoh, Edmundo (2015). *Una razón para interpretar la transferencia*. VII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXII Jornadas de Investigación XI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-015/785>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/epma/M5t>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

UNA RAZÓN PARA INTERPRETAR LA TRANSFERENCIA

Leivi, Tomás; Mordoh, Edmundo

Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. Argentina

RESUMEN

El trabajo se propone explorar el momento clínico de la objeción en transferencia, cuando el analizante se siente “objettato” por algo que pasa a jugarse en relación con la “persona” del analista. Parte para ello de la función del objeto, que marca el desfallecimiento del sujeto, el objeto detiene el infinito deslizamiento significativo, brinda consistencia al deseo y salva así la dignidad del sujeto. A ese punto debería la experiencia analítica llevar al sujeto. Estos momentos particulares quedan marcados por la angustia que apa-rece en el seno del amor de transferencia, fijada a la persona del analista, que en-carna el objeto real de goce que divide al sujeto. La interpretación transferencial, planteada por distintas escuelas postfreudianas pero que Freud no considera y Lacan rechaza, sería el recurso electivo a utilizar en estos momentos, los únicos en que su utilización se justificaría.

Palabras clave

Transferencia, Interpretación, Fantasma, Objeto

ABSTRACT

A REASON FOR INTERPRETING THE TRANSFERENCE

The paper explores the clinical moment of objection in transference, when the analysand feels “objected” by something that is played out in relation to the “per-son” of the analyst. Aiming at that it departs from the function of the object, marked by a fading of the subject, the ob-ject stops the infinite sliding of the significant, provides consistence to the desire and rescues thus the dignity of the subject. The analytical experience should conduct the subject to this point. Those particular moments are marked by the anxiety that appears within transfer-ence love, fixed to the person of the analyst, who embodies the real object of jouissance that divides the subject. Interpretation of transference, formulated by different post-freudian schools but not considered by Freud and rejected by Lacan, could be the elective resource to be used at these moments, the only ones where its use could be justified.

Key words

Transference, Interpretation, Fantasy, Object

Es de nuestro interés poder realizar una caracterización de ese momento particular del análisis que constituye lo que podríamos denominar de la *objeción en transferencia*; momento privilegiado en que el analizante se siente “objettato” por algo que pasa a jugarse en relación con la “persona” del analista. Y que lo diferencia sustancialmente del curso corriente de la cura.

Dice Lacan en la clase XII del Seminario VIII, “La Transferencia”: “Un elemento circunstancial puede adquirir el valor representativo de lo que es el término de la enunciación subjetiva, del *objeto* hacia el cual el sujeto se dirige (...) en la misma medida que se presenta algo que *revaloriza* esa especie de deslizamiento infinito, el elemento disolutivo que aporta por sí misma en el sujeto la fragmentación significativa, eso toma valor de *objeto privilegiado*, que *detiene este deslizamiento infinito*. Un objeto puede adquirir así respecto al sujeto el *valor esencial* que constituye el *fantasma fundamental*.

El propio sujeto se *reconoce* allí como *detenido*, o para recordarles una función más familiar, *fijado*. (...) Y en la medida que el sujeto se identifica con el fantasma fundamental, el deseo en cuanto tal adquiere *consistencia* (...) un objeto ante el cual *desfallecemos*, vacilamos, desaparecemos como sujeto. (...) Y en la medida en que es sobrevalorado, tiene la función de *salvar nuestra dignidad* de sujeto, es decir, de hacer de nosotros algo distinto de un sujeto sometido al deslizamiento infinito del significante. Hacemos de nosotros algo distinto del sujeto de la palabra, eso único, inapreciable, irremplazable a fin de cuentas, que es el verdadero punto donde podemos designar lo que llamé la *dignidad del sujeto*.”

De aquí parece desprenderse un norte específico para la experiencia analítica: llevar al sujeto, mediante el análisis -experiencia simbólica, de palabra-, a ese punto de detención del deslizamiento significativo, de fijeza, de detención, de desfallecimiento, de presentación finita de algo (SOLER, 2000, 73). Algo que aparecerá en la transferencia encarnado en la persona del analista.

La Paradoja del Sujeto

Hay un momento del análisis en el que un “desfallecimiento”, una vacilación, una desaparición del sujeto como tal es, al mismo tiempo, solidaria de la aparición de su máxima consistencia y de su plena dignidad. El sujeto debiera desaparecer y desfallecer para poder consistir, consistir a condición de desfallecer, verse “objettato” como sujeto -es decir, vuelto objeto- como forma de adquirir una dignidad distinta a la del deslizamiento infinito e inasible del significante. “Otro” sujeto parece aparecer en ese momento de detención de la metonimia significativa, de suspensión de ese movimiento, que sin embargo revaloriza todo el movimiento.

Esta paradoja -consistir desfalleciendo o desfallecer consistiendo, dignificarse desapareciendo o desaparecer dignificándose- nos obliga a preguntarnos por el estatuto y la consistencia del sujeto. ¿A qué llamamos sujeto?

Podría pensarse en una distinción entre un sujeto, concebido como sujeto del inconciente, del significante, sede de la división y la falta en ser, que se desliza a través de estos significantes sin puntos de amarre ni detención; y otro sujeto, de una consistencia diferente, que aparecería en esos momentos de detención, revelando la estructuración de esa cadena de los significantes por la que aquel sujeto discurriría sin anclajes de goce, vale decir, en aquello real que organiza la estructuración de la cadena discursiva.

Lacan aportará una expresión que tensará al máximo la paradoja que aquí se plantea: la *destitución subjetiva*. Dice al respecto Miller: “Lacan lo llama *destitución subjetiva*, resignarse a perder lo más valioso del sujeto, a saber, su *indeterminación, indeterminación que lo mantiene en la falla en ser*” (MILLER, 2000, 48). Aquí la paradoja se extiende al hecho de que lo que para el sujeto es más valioso es su propia indeterminación, su falta en ser, que es, al mismo tiempo, lo que hace al mantenimiento del propio deseo. Aunque el deseo esté siempre connotado por la insatisfacción, es precisamente esa división generada por el propio deseo en tanto hay un objeto faltante, lo que el neurótico resguarda. Su insatisfacción y su falta en ser aparecerán, pues, valoradas en tanto que resguardo como sujeto deseante. Son “*las formas necesarias para el mantenimiento*

del deseo, gracias al cual el sujeto sigue siendo un sujeto dividido, como corresponde a la propia naturaleza del ser humano. Si ya no es un sujeto dividido, está loco (...) una neurosis está construida como está construida para mantener algo articulado que se llama el deseo" (Lacan, 2004, 439).

La dignidad del sujeto pareciera quedar ligada al mantenimiento del deseo y el deslizamiento significativo, a la subjetivación como producto del deslizamiento *insatisfactorio* por los significantes, a la metonimia que busca dar con el objeto y que, en ese movimiento, produce un sujeto deseante. En otro aspecto, el que nos presenta Lacan en la cita del Seminario VIII, la dignidad del sujeto pareciera quedar ligada a ese punto de detención, de desfallecimiento, de aparición del objeto, de un goce, "cuya falta haría vano el universo" (LACAN, 1998, 819). En un caso, un sujeto no dividido sería loco. En el otro, despojado de su goce, su existencia sería vana.

Sujeto del significativo -incierto- y sujeto del goce -detenido en una certidumbre-, dignidad del deslizamiento y dignidad de la detención, "subjetivación del sujeto" y "objetivación del sujeto", consistencia simbólica y consistencia real coexistirían entonces en dos planos sincrónicos y, a la vez, superpuestos, de la experiencia analítica, en el que la transferencia y su contraparte esencial, el analista, pasarán a ocupar un lugar central en tanto operadores del interjuego de estos dos niveles entre cuales el sujeto se desliza y se detiene, se dignifica y desfallece, desea y es deseado, se ve sujetado y se ve objetado.

Que haya interjuego significa que estos planos no pueden ser pensados de un modo "autónomo". Ambos se copertenecen y se influyen reciprocamente, dado que no hay posibilidad de saber sobre el goce si no es a través de los rodeos de lo simbólico: la detención sólo se produce sobre el fondo de un deslizamiento significativo; la objección, sobre el fondo de una metonimia; las certezas, sobre los engaños de la palabra. Colette Soler aborda la cuestión apuntando a ese operador que liga y separa los dos niveles, la angustia, que tendrá, por tanto, un lugar central. "En psicoanálisis el problema es: ¿cómo, operando con el significativo, operar sobre lo real? En este caso, sobre lo Real del goce, del ser del goce. (...) Ahora, la angustia ocupa un lugar privilegiado en este problema, pues ella es el afecto de la certidumbre. Certidumbre coordinada, sin embargo, con el significativo o, más bien, con lo que se desliza en el significativo, el deseo" (SOLER, 2000, 78). Ese lugar central de la angustia como operador certero entre los distintos niveles anticipa el "problema" clínico que se presentará: la solidaridad que habremos de descubrir entre el lugar de la angustia y el del analista, y la función de la transferencia que se deriva de la relación entre uno y otro: entre el analista y la angustia.

Agamben resume muy bien esta tensión paradójica. Su idea de la "autoafección" da cuenta de la división subjetiva que intentamos explorar -sujeto y objeto, agente y paciente- y de los distintos niveles superpuestos por los que entonces discurre la subjetividad. "...el coincidir de agente y paciente en un sujeto no tiene la forma de una identidad inerte, sino de un movimiento complejo de autoafección, en que el sujeto se constituye - o se muestra- a sí mismo como pasivo (o activo), de modo que actividad y pasividad no pueden separarse nunca (...). El yo es lo que se produce como resto en el doble movimiento -activo y pasivo- de la autoafección. Por esto la subjetividad tiene constitutivamente la forma de una subjetivación y de una desubjetivación, por esto es, en lo íntimo, vergüenza. El rubor es ese gesto que, en toda subjetivación, traiciona una desubjetivación y, en cada desubjetivación, da testimonio de un sujeto." (AGAMBEN, 2000, 117). Con Lacan, nosotros podríamos agregar: además de vergüenza, angustia.

Interpretar la transferencia o interpretar en la transferencia

La interpretación y la transferencia constituyen un par de conceptos inseparables. Desde muy temprano, Freud advirtió el carácter interdependiente de ambos, instando a no realizar interpretaciones hasta tanto no esté constituido en la relación analítica un *rappor en regle*, es decir, hasta tanto no haya un vínculo *libidinal* entre los partenaires analíticos. Hace hincapié en la conveniencia de sostener un "período de ensayo" en el cual no sólo se evaluará la aptitud del paciente para el tratamiento analítico: también se irá configurando esa relación que irá preparando el terreno para el advenimiento de las interpretaciones.

En este punto, y contrariamente a los desarrollos de algunos analistas post freudianos, que basaron su teorización y su técnica analítica orientados hacia la interpretación de la transferencia, la disyuntiva que plantea el título de este apartado parece casi no tener lugar en la obra de Freud. Mientras que para algunos analistas postfreudianos, lo esencial de la interpretación acontecía en el "aquí y ahora" transferencial entre la persona del paciente y la del analista, para Freud se trata de interpretar sólo una vez que la transferencia está instalada. La transferencia es una condición para la interpretación. A partir de Lacan, este binomio suma más complejidad aun: por un lado, la relación analítica dejará de ser solamente de carácter libidinal, para pasar a ser, además, una relación epistémica -además de amarlo u odiarlo, al analista se le supone un saber. Pero, además, Lacan desdobra la alteridad en un otro como semejante, relación de rivalidad narcisista imaginaria, y un Otro simbólico, con mayúscula, como alteridad radical, lugar de la palabra y tesoro del significativo. Este desdoblamiento tendrá sus resonancias en el posicionamiento que conviene al psicoanalista, punto en el que Lacan se diferenciará de los postfreudianos, en tanto postulará que interpretar la transferencia supone un posicionamiento del analista en un lugar de semejante respecto del paciente: una *persona* que se relaciona con otra *persona*. "En el Seminario sobre "Los escritos técnicos de Freud", Lacan considera que (la razón esencial de no interpretar la transferencia ni el setting) reside en la existencia del orden simbólico como tal: el analista debiera evitar situarse en la interlocución, en la intersubjetividad, cuyo efecto es borrar el equívoco significativo, único que lo mantiene en el lugar del Otro" (COTTET, 2000, 112). Esto vale plenamente para los momentos de la cura en los que tiene lugar el discutir significativo, la rememoración simbólica, la metonimia del deseo. Pero ¿qué ocurre en esos momentos particulares de detención, en los que el sujeto se ve como *fijado y desfalleciendo*?

Desde sus primeros seminarios, Lacan viene elaborando lentamente una declinación teórica que comenzará a tomar mayor fuerza en el seminario sobre la transferencia. Se trata de la inclusión de una tercera forma de la alteridad, en la que el sujeto no se relacionará ya con el otro como semejante ni con el Otro como tesoro del significativo: el sujeto pasará a relacionarse con otro radicalmente extraño, ajeno, angustiante, inquietante, inminente y no representado. El momento transferencial que intentamos circunscribir describe el momento de la encarnación en el analista de esta tercera forma de la alteridad, que vuelve al analista radicalmente extraño y ajeno.

¿Qué se pone en marcha con la puesta en forma de la transferencia? Por un lado, la dimensión libidinal, expresada en el amor o en el odio; por el otro, la epistémica, expresada a través de la suposición de saber. Ambas vertientes quedan condensadas en la definición lacaniana de la transferencia como "amor que se dirige al saber". ¿Cuál es, en este punto, el lugar para la interpretación, en relación con el amor y con el saber? Dice Cottet: "Si entonces tomamos la definición de la transferencia como "amor que se dirige al saber", querer interpretarla será vano, en la medida en que lo que no tiene

sentido, no se interpreta. Podría aplicarse quizás al amor de transferencia una de las últimas formulaciones de Lacan respecto del amor: está vacío (...) en oposición al deseo que sí tiene un sentido, "sólo es una significación". "Sin objeto", el amor no se presta a la interpretación" (COTTET, 2000, 114). Cabe preguntarse: ¿nunca es interpretable ese amor de transferencia?

Muchos autores lacanianos coinciden en señalar que la transferencia, lejos de circunscribirse a un amor que se dirige al saber, trae aparejada el advenimiento de otros afectos, entre los que la angustia ocupa un lugar impar. Lo que se transfiere sobre la persona del analista pasa a exceder con creces la suposición de un saber sobre el sujeto. Todo tipo de afectos, sumado a la aparición de certezas y de signos, pasan a poblar ese campo de batalla.

¿Qué es el amor de transferencia? ¿Qué es lo que justifica metapsicológicamente su advenimiento? Entendido como amor hacia la *persona* del analista, es producto de un desplazamiento, de un falso enlace: del amor al saber al amor al analista. Del amor hacia *algo* hacia el amor hacia *alguien*.

¿Qué relación existe entonces entre el amor de transferencia y el afecto de la angustia, situado por Lacan como aquello no engañoso, lugar de certidumbre y fijeza subjetiva? Una relación de sustitución. Amor por angustia, amor por alguien en lugar de certeza angustiosa por algo: "La asociación libre le permite al sujeto deslizarse por la cadena significante y olvidar a través de la alienación significante lo que no engaña. Este efecto apaciguador de la relación "epistémica" de la transferencia se traduce, lo sabemos, en amor de transferencia. Amor que también encubre, oculta, el objeto angustiante que es el analista" (SOLER, 2000, 82). El amor de transferencia en función de recubrir la angustia, de apaciguamiento resistencial que obtura la irrupción de la angustia en la persona del analista. El analista aparecerá agalmatizado por el brillo del amor, lo cual conlleva incluso efectos terapéuticos.

Pero las cosas se complicarán más aun cuando, en el seno de esta relación de amor aparezca la angustia, cuando ese objeto amable que es el analista devenga un objeto angustiante. La superposición del amor como obturador de la angustia nunca es infalible: en su seno advendrá aquello que la relación de amor vino a encubrir en el comienzo. En el amor de transferencia se encuentra recubierto entonces el objeto angustiante que el analista viene a constituir en tanto que interpela al sujeto por medio de una certidumbre. "La angustia de transferencia es precisamente lo que el amor de transferencia encubre" (MILLER, 2000, 45). Clastres aborda la cuestión desde una óptica muy similar: "El amor, y también el amor de transferencia, sería un "protégeme del saber por venir", es decir, de un saber que tengo que producir. Si el Otro ya está ahí, el saber no está ya ahí. Lo que ya está ahí es el cifrado y el goce" (CLASTRES, 2000, 62). Introduce, además, la cuestión del goce, la cifra que se tiende más allá de la dialéctica del amor por el Otro. La misma dialéctica de la transferencia parecería llevar a un punto de desfallecimiento de esa relación, en el que surgiría "algo" extraño y ajeno, más allá de esa relación pero encarnado en la persona del analista. Ese "algo", más allá, es visto más acá, en la *persona* del analista.

Este es, precisamente, el momento de la *objección en transferencia*, del surgimiento angustiante de la persona del analista, de desfallecimiento significativo, de detención, de fracaso del fantasma del analizante como frontera última de defensa frente a la angustia. Angustia que otrora recubría el amor o la suposición de saber, y que ahora aparece no velada en la *persona* del analista. Momento de angustia de transferencia, en la que el sujeto se ve objetado. Momento en donde el análisis discurre por un circuito más allá de las respuestas últimas de la trama fantasmática, de las simbolizaciones provistas

por su matriz; momento en el que algo del goce no significado por la trama fantasmática se hace presente. Ese goce aparece condensado en un objeto, encarnado en una persona: el analista.

Observamos aquí un recorrido para la dinámica de la transferencia, en donde el analista pasa de ser el Otro del saber, a ser la causa de la división subjetiva: "De ese Otro previo en el que el sujeto primeramente lo aloja, para excluirlo de él, hasta los significantes con los que lo anuda en su palabra. En este desplazamiento despoja al Otro de su falsa consistencia para reducirlo, finalmente, a la causa de su división (CLASTRES, 2000, 64). Del saber y el amor, a la angustia y la división. El problema "técnico" que se nos aparece en este momento tiene que ver con cómo "despejar", qué hacer con, el goce angustiante que el dispositivo mismo convocó a través de sus desfilareros transferenciales. Inmovilizados en este lugar, la cura quedaría estancada, la angustia de transferencia impediría su prosecución y el analista quedaría homologado al lugar del perverso.

La Salida de la Objección

El análisis y la puesta en forma de la transferencia parecerían conducir irremediamente a este punto paradójico, en el que coexisten la angustia y la detención, el desfallecimiento y la objección. Pero no encontramos, en este devenir, un decurso casual, natural, del que el analista sería un espectador privilegiado; hay, por el contrario, razones de estructura que nos hacen pensar en la inevitabilidad del arribo a este punto de tan difícil manejo transferencial, donde, por supuesto, interviene cada concepción de la cura, del horizonte del análisis. No podemos conmovir una economía libidinal sin hacer presente al goce. Ese goce no puede ser "tratado *in absentia*". Los autores se refieren, de diversa forma, a esta suerte de *recorrido típico* del análisis, donde la convocatoria a ese goce real, más allá de lo simbólico, que puede encarnarse en la figura del analista, parece ser una regla común. Soler dirá que "El neurótico mantiene su relación con el deseo del Otro de modo tal que impide que se produzca el punto de angustia. En este sentido, no se termina un psicoanálisis sin modificar esa posición respecto del fantasma. O sea que cada estructura, más allá de lo peculiar de cada caso, responde de manera típica a la llamada de *otra cosa*, otra cosa que el analista presentifica" (SOLER, 2000, 81). Y Silvestre dirá que "Quisimos mostrar que este obstáculo a la metonimia significativa, encarnado por el analista, nunca se manifiesta más claramente que mediante el amor de transferencia, al cual *in fine* se reduce la transferencia (...) El terreno de la transferencia es también aquél en el que la repetición accede al análisis. Pero donde la transferencia encuentra su especificidad no es en la relación del sujeto con el significativo, con el Otro, sino en la relación del sujeto con el objeto" (SILVESTRE, 1993, 44).

Nuestro problema queda planteado en torno del *manejo* transferencial que conviene al momento en el cual aparece irremediamente la objección en transferencia: momento en el que el analista deviene un objeto angustiante y el sujeto se siente interpelado. Es aquí donde aparece en escena la herramienta analítica por excelencia: la interpretación. El analista recurre a ella advertido del falso enlace, de la sustitución que motiva para él quedar de pronto en ese lugar de la objección. Objección que implica una torsión: de una metonimia significativa a una identificación -fantasmática- con *alguien*. Aquí el sujeto se dignifica en tanto queda designado como objeto, detenido el discurrir significativo. El análisis apunta a la emergencia de este momento de develamiento de la causa, pero no para quedar detenidos allí, sino para correrlos de ese lugar.

La interpretación, en particular de la transferencia, deviene aquí un resorte fundamental. El ejemplo de "El Banquete" vale como

paradigma interpretativo de este momento que intentamos situar. Es necesario maniobrar para que el análisis no quede detenido en el momento de la objeción. La maniobra es aquí la interpretación de la transferencia, que apuntará a develar el carácter de falso enlace de lo que constituye el analista para el sujeto, detenido como sujeto en ese momento, y relanzar metonímicamente la cadena asociativa.

Sócrates está posicionado al modo del analista, causando el trabajo analizante de Alcibiades, que se encuentra interrogado e interpe-lado por la posición enigmática de Sócrates, que no nos provee ninguna muestra de su deseo. Hasta que sobreviene el momento de la objeción por parte de Alcibiades a Sócrates; en este punto, la interpretación socrática apuntará al develamiento del falso enlace que constituye tal objeción: "no soy yo a quien te diriges. El objeto de tu deseo es en realidad Agatón, para quien tú has montado toda esta puesta en escena", pareciera interpretar Sócrates. O, para usar nuestros términos: "No soy yo a quien te diriges, sino al objeto de tu fantasma, con el que te has identificado, y que ahora yo encarno." Se trata de una interpretación metonímica, que apunta a señalar que en realidad Alcibiades no se dirige a Sócrates sino a *otra cosa*, revelando la "artificialidad" del dispositivo.

La interpretación es entonces fundamentalmente metonímica, en tanto designa otra cosa como objeto del deseo. En el caso que circunscribimos, el analista recurre a ella para interpretar la transferencia, corriéndose así de ese lugar de objeción en el que el análisis quedaría detenido. Sale de su posición tradicional de Otro con mayúscula para denunciar una forma de la alteridad que se hizo presente, producto de un goce en el sujeto que agujerea el fantasma y al cual queda fijado. El analista se corre así de la posibilidad de quedar como un objeto de goce angustiante, para que el sujeto advierta, más allá de su relación con el analista, su posición de objeto del deseo del Otro -de su propio Otro, más allá de su analista-. El analista facilita la convocatoria de ese goce, pero para mostrar, más temprano que tarde, la forma en la que el sujeto ha quedado identificado a su fantasma y no a la persona del analista. Se convoca a una escena para tratar el goce que esa escena vehiculiza (MILLER, 2000, 47).

Se espera de este movimiento que mude la repetición sobre la persona del analista en recuerdo: "Por eso, para Freud, la transferencia se introduce en el psicoanálisis bajo la cobertura de la repetición. (...) La transferencia permite el desplazamiento de las representaciones inconscientes sobre la persona del analista facilitando la repetición. Queda por interpretar esta transferencia para que la repetición dé lugar a la rememoración" (SILVESTRE, 1993, 39). Vemos una concepción de la operatoria analítica que bascula entre la rememoración y la repetición, siendo la repetición necesaria para hacer entrar en el terreno transferencial la fijeza de lo real, como forma de hacer presente un goce que relance nuevamente la rememoración. Simbólico y real, sentido y goce, quedarían así anudados a través del interjuego de la repetición y la rememoración, y de la maniobra transferencial que las regula.

Se trata, en el momento de la objeción transferencial, de denunciar las falsas relaciones, de interpretar metonímicamente la transferencia, de desnudar el contenido del fantasma puesto en acto en la relación transferencial, de convocar al goce sobre en el que se sostiene la satisfacción, para lograr algo distinto de la identificación con el analista, algo distinto de la mera repetición silenciosa, algo distinto del recuerdo del padre o de la madre...: "Por la vía de la transferencia, la interpretación puede enganchar al analista algunas "insignias" del sujeto. Se invita al analista a denunciar estas "falsas relaciones". Lo que los analistas llaman: interpretar la transferencia". (...) "Que se denuncie la "falsa relación" y se desprenda al

analista de ese atributo que es un primer efecto, pero secundario: el analizante bien sabe que su analista no hace más que recordarle a su padre o a su madre... En cambio, el significante así desprendido del analista, verá reforzado su peso simbólico en igual medida. Y el efecto de este surgimiento fuera de lo imaginario podrá ser, al contrario, depurar y afirmar la sumisión del sujeto al significante, sin romperla. Se evita así una identificación con el analista, pero al precio de una consolidación del sujetamiento del analizante a los significantes mayores." (SILVESTRE, 1993, 42)

BIBLIOGRAFÍA

- Agamben, G., "Lo que queda de Auschwitz", Pre-textos, Valencia, 2002.
- Clastres, G., "Amor de transferencia e interpretación" en Momentos Cruciales de la Experiencia analítica, Manantial, Buenos Aires, 2000.
- Cottet, S., "Una razón para no interpretar la transferencia", en Momentos Cruciales de la Experiencia analítica, Manantial, Buenos Aires, 2000.
- Freud, S., Conferencias de Introducción al Psicoanálisis: Conferencias 27 y 28, En: Obras Completas Tomo XVI, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1997.
- Freud, S., "Sobre la iniciación del tratamiento", En Obras Completas Tomo XII, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1998.
- Freud, S., "Consejos al Médico", En Obras Completas Tomo XII, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1998.
- Lacan, J., El Seminario Libro V "Las formaciones del Inconciente", Paidós, Buenos Aires, 2006.
- Lacan, J., Escritos II, Siglo XXI, Buenos Aires, 1998.
- Lacan, J., El Seminario Libro VIII "La transferencia", Paidós, Buenos Aires, 2007.
- Miller, J.-A., "Transferencia e Interpretación", en Momentos Cruciales de la Experiencia analítica, Manantial, Buenos Aires, 2000.
- Platón, "El Banquete", Alianza Editorial, Madrid, 2003.
- Silvestre, M., "Mañana el Psicoanálisis", Manantial, Buenos Aires, 1993.
- Soler, C., "Transferencia y angustia", en Momentos Cruciales de la Experiencia analítica, Manantial, Buenos Aires, 2000